

La novelística de Guillermo Gómez Windham: una “comedia humana” filipina

ANDREA GALLO

LICEO “G. CARDUCCI” BOLZANO - BOZEN

Contexto histórico-cultural

Guillermo Gómez Windham (1880-1957) fue el primer escritor que recibió el Premio Zóbel, el prestigioso galardón filipino que, a principios de los años veinte, iba empezando su larga e importante trayectoria en defensa de las letras filipinas en castellano y del español de Filipinas. Sin embargo, a pesar de que muy a menudo a Gómez Windham se le haya definido como “uno de nuestros literatos más sobrios y macizos” (Ben-Aben)¹, curiosamente no suele aparecer en las antologías y los manuales de historia de la literatura no van más allá de una cita de su nombre y de su novela premiada. El número 31 de *Semana*² del 21 de julio de 1949, por el vigésimo quinto cumpleaños de la Academia Filipina de la Lengua, publicaba la foto del director de la misma en la carátula, es decir la imagen de Gómez Windham. Sin embargo, aunque se dedican varias páginas al aniversario de esta institución, no aparecen más que algunas menciones de su director, ignorando por completo su obra.

En realidad, Gómez Windham debió de ser un escritor y periodista muy activo. De él sabemos que produjo “varias novelas, ensayos de drama, discursos” y un “sinnúmero de artículos que con su firma han cotizado muy alto los valores en nuestro mercado literario” (Ben-Aben s.p.). En fin, si no fuera por haber sido el primer premio Zóbel y por su papel dentro de la Academia, Gómez Windham, tal vez por su carácter muy discreto, tal vez por su voluntad de quedarse al margen, en la sombra, debido a su papel de alto funcionario del Estado, habría pasado totalmente desapercibido dentro de las letras filipinas.³ Gómez Windham pertenece a una generación de filipinos que vivió en primera persona eventos relevantes—la mayor parte traumáticos—y grandes cambios en su patria. Nacido en 1880, bajo el reinado de Alfonso XII, en una ciudad de provincias del Ultramar español, tenía dieciocho años cuando estalló la revolución en Cavite. Desarrolló su carrera profesional de alto

funcionario del Estado en la época estadounidense y vivió, como todo ciudadano estadounidense, aunque desde una lejana colonia, la intervención en la Gran Guerra, el prohibicionismo y la depresión económica de 1929. La vinculación aún bastante estrecha de Filipinas con España y sus relaciones personales con este país hicieron que la Guerra Civil Española no fuera un simple hecho de crónica de una nación extranjera y distante. A los sesenta años sufrió la tragedia de la Segunda Guerra Mundial que en Filipinas, campo de batalla entre Estados Unidos y Japón, fue particularmente cruenta. Asistió a la destrucción de Manila (él residía en Malate, en la capital, barrio que fue destruido casi totalmente) y de muchas otras ciudades, entre las cuales se encontraba Iloílo; conoció las atrocidades de los japoneses así como la ferocidad de los guerrilleros y los bombardeos generalizados e inmotivados de los estadounidenses; al finalizar el conflicto, se despertó en un país completamente arrasado y devastado, y se enfrentó a la lenta y fatigosa reconstrucción post-bélica y a la primera pesada década de la Guerra Fría.

En lo privado, podemos resaltar que Gómez Windham era de familia distinguida y por esto recibió una buena instrucción. Pasó la primera parte de su vida en Iloílo, capital de la isla de Panay, ciudad que, bajo el nombre de San Pedro, tanta parte tiene en su obra literaria. De hecho, antes de analizar brevemente las novelas, a través de algunos datos históricos y culturales, será útil presentar a la ciudad nativa del autor, por ser esta no simplemente el escenario y el trasfondo de su obra narrativa, sino también el objeto mismo de su novelística. Esta ciudad costeña era una de las más pobladas y avanzadas de la época en el archipiélago. Había sido fundada en 1581 y se había ido desarrollando a lo largo del siglo XIX gracias al puerto, la industria textil y la comercialización de productos agrícolas como el arroz, el café, el algodón y la madera de *sapan*. Pero la ciudad se fue desarrollando sobre todo debido a la producción y exportación del azúcar; el censo de 1855 registraba más de 500.000 habitantes, mientras que la población de Manila no llegaba a los 300.000; Iloílo era también el centro de mayor producción agrícola y de manufacturas (Bowling 25-26). La expansión económica permitió el surgimiento de una clase media, formada sobre todo por mestizos hispanizados de origen chino-cristiano y concentró en el área importantes intereses económicos que supusieron la apertura de viceconsulados extranjeros como el británico (1856) y el de Estados Unidos (1864). Sabemos también que en torno a 1890 en la ciudad existían ya el viceconsulado francés, el alemán, el italiano, el suizo, el portugués, el belga y el sueco (*Iloilo* 39). En paralelo se

establecieron varias compañías comerciales españolas y extranjeras (*Development* 175). Con el relevante desarrollo económico se fue enriqueciendo también la vida cultural de la ciudad: la burguesía empezó a enviar a sus hijos a estudiar a Manila y se fueron abriendo escuelas, tanto que Iloilo fue nombrada el “Atenas de Filipinas”; Mariano Perfecto en 1871 fue el primero que abrió una librería y una casa editorial, La Panayana, en las Bisayas. Se difundió también la industria del entretenimiento, surgieron teatros que ofrecían programas de zarzuela y se fundaron la Sociedad Lírica y Dramática, la Sociedad Artística y Literaria y varios clubes entre los que destacaban el Club Inglés y el Club Suizo. Ésta era la ciudad donde se formó el joven Gómez Windham. Él no era un literato de profesión que vivía de su pluma, sino una persona acomodada, funcionario del Estado de alto nivel, que por deleite se dedicaba a las letras de forma semiprofesional.

Sus etapas creativas, por lo que se conoce hasta la fecha, se pueden circunscribir en dos períodos: el primero en los años veinte, cuando publica sus dos volúmenes de prosa (1921 y 1924), recibe el Premio Zóbel (1922) y participa en la fundación de la Academia Filipina (1924), y el segundo después de la guerra, en el que sus breves y esporádicas composiciones líricas, artículos y ensayos se publican en los periódicos, particularmente en *Semana*. A partir de 1939 y hasta mediados de los cincuenta fue director de la Academia Filipina. Éstos fueron años en los que la producción literaria, por lo sabido, fue escasísima.⁴ Al asomarse a la escritura creativa, Gómez Windham vive en una época densa de estímulos y propuestas, en donde convergen desde Europa y América tradiciones ya consagradas desde hace tiempo, pero aún en boga, apreciadas y requeridas por el público, además de atrevidas y sofisticadas novedades.

Con respecto a su formación literaria y su gusto artístico, es el mismo Guillermo quien en la novela semi-autobiográfica *Los ascensos del inspector Rojo* nos da una interesante lista de sus lecturas y aficiones juveniles en un párrafo que merece la pena citar entero:

[Rufino] Había encontrado a uno de sus antiguos compañeros de colegio cuya casa fue de las pocas que quedaron en pie, y que poseía una biblioteca compuesta de algunos centenares de novelas. Aquello fue un deslumbramiento. Finito las iba leyendo, sin orden y sin descanso tragándose un volumen tras otro con insaciable voracidad. Pasaba de Fernández y González a Paul Bourget, de Julio Verne a Pereda, de Amicis a Galdós, de Palacio Valdés a Zola, de Valera a D’Annunzio, de Dickens a Clarín, de Daudet a Ibsen, de Dumas a Maupassant, de Bécquer a Queiroz, de la Pardo Bazán a Anatole France, absorbiendo en confusa mezcla el encanto de todos los géneros literarios que predominaron en Europa durante el siglo diecinueve. Por espacio de muchos meses

vivió en un mundo aparte, creado por su imaginación. Tan pronto era Artagnan, el enemigo del “cardenal”, como Rodolfo, el amante de “Madame Bovary”, o el Mesía de “La Regenta” o el Mannerville del “Contrato de Matrimonio” o el Neklindoff de “Resurrección”. Y leyendo a nuestro Rizal, fue también Ibarra, Elías, Isagani... (B 83)⁵

No obstante, aunque Gómez Windham tuviera predilección por autores de Europa, no faltaba por completo la influencia de los estadounidenses. En Filipinas evidentemente confluyen todos estos estímulos y sugerencias, no sólo los de lengua española, sino también los anglosajones, ya que la literatura inglesa y angloamericana llega al país a principios de siglo, es notorio en efecto que en 1901 el gobierno de Estados Unidos manda a Filipinas seiscientos maestros. En el caso de la producción literaria filipina en inglés, el período que va de 1910 a 1935 se suele definir como etapa de aprendizaje e imitación, porque los nuevos escritores (que suelen publicar en revistas como *Graphic* o publicaciones periódicas de la universidad) tratan de imitar a los ingleses y americanos (Serrano 10) y los autores de referencia en la escuela pública son: Irving, Bryant, Poe, Hawthorne, Emerson, Thoreau, Longfellow, Holmes, Whitman, Lowell, Chaucer, Shakespeare, Milton, Pope, Wordsworth, Shelley, Keats, Byron, Coleridge, Lamb, es decir, obviamente los autores que ya están dentro del canon y no los inmediatamente actuales.

En los años inmediatos a la publicación de las novelas de Gómez Windham, es decir entre 1910 y 1930, hay una buena producción literaria filipina en volumen (además de lo mucho publicado en revista); entre los varios títulos destacan las obras de Jesús Balmori, que publicó dos novelas realistas-sentimentales, *Se deshojó la flor* (1910) y *Bancarrota de almas* (1915), notablemente influidas por el gusto y la visión ético-estética de Felipe Trigo. Claro Mayo Recto en 1911 había editado su colección poética *Bajo los cocoteros*, y en 1917 el drama *Solo entre las sombras*; de 1915 es *Aromas de ensueño* de Flavio Zaragoza Cano y también de ese mismo año *Electa* de Alejo Valdéz Pica. De 1917 es *Cadencias* de Isidoro Marfori y de 1918, otro libro de Valdéz Pica, *Íntimas*. En 1922, el año del premio a *La carrera de Cándida*, salió también la antología de poetas filipinos *Parnaso Filipino* por Martín de la Cámara, publicada en España. Otros libros de relevancia, como *Caretas* de Enrique Laygo y Kalaw⁶, *El libro de mis vidas manileñas* (1928) de Balmori y las novelas de Abad *El último romántico* (1927) y *La oveja de Nathan* (1928, premiada con el Zóbel al año siguiente) se remontan a esos mismos años.

Igualmente, será oportuno recordar que, al lado de esta producción, existía también una producción literaria en lenguas vernáculas a la que Gómez Windham pudo tener fácil acceso;

de hecho, debemos suponer que hablaba y entendía por lo menos hiligaynon y tagalo, y probablemente algunos otros idiomas más. Escritores tagalos relevantes eran en aquel entonces los novelistas y cuentistas Valeriano Hernandez Peña, Inigo Regalado y Deogracias Rosario⁷. Todo esto, la mejor tradición europea, las innovaciones literarias novecentistas, las sugerencias, impulsos y sugerencias provenientes de Norte y Suramérica y la actualidad cultural filipina contribuían a formar la sensibilidad de este artista.⁸

La “Comedia Humana” de San Pedro

Gómez Windham publicó dos colecciones de novelas: *La carrera de Cándida* en 1921 y *La aventura de Cayo Malinao* en 1924, que se editaron en España, por la Editorial Catalana.⁹ Considerando también la finalidad de la editorial, es posible, entonces, que el autor haya publicado los libros a su costa, y al parecer los publicó en España con la ayuda de Eduardo Martín de la Cámara, el español que recopiló en esos años la antología poética *Parnaso Filipino*.¹⁰ *La carrera de Cándida*, como se ha dicho anteriormente, fue publicada en 1921. En realidad, no se trata de una única novela, sino que el libro recoge distintos escritos: dos novelas cortas, la que da el título al volumen y *La odisea de Sing-a*; seis cuentos, *Un erótico singular*, *El espectador*, *Incompatibilidad de paladares*. (Cuento representable), *El príncipe cruel*. Cuento de Hadas, *Cigarras de ayer*, y *Suicidio espiritual*; y tres artículos, *Mundo Nuevo*, *Vida Nueva* *La infinita estulticia*. (Diálogo socrático), *Un día en Manila*. (De las memorias de un provinciano). El otro volumen de prosa, publicado en 1924, recoge tres novelas cortas: *La aventura de Cayo Malinao*, *Los ascensos del inspector Rojo* y *Tía Pasia*.

Este estudio analiza los textos que se suelen definir como novela¹¹ y los considera como una unidad textual. El hecho de tratar las novelas conjuntamente, como episodios de un único texto, se justifica con que los cinco relatos están ligados entrañablemente entre sí, de forma que los protagonistas de una novelita aparecen como personajes secundarios en otras. Además, los textos evidencian una unidad de espacio: el ambiente de la acción es San Pedro, topónimo bajo el que se esconde la ciudad de Iloilo. Efectivamente, las cinco novelas están ambientadas en una ciudad “de la isla y la provincia X...”. Esta isla, dice nuestro autor, está “al Sudoeste del grupo bisayo” (A 7). La capital de aquella provincia se llama San Pedro, mientras que los protagonistas de la acción suelen salir de un pueblo de su alrededor que se llama Pinilían. Más exactamente, se nombran incluso dos de sus barrios, Ermita y Balsa. Si Pinilían

parece no existir en los alrededores de Iloílo (tal vez sea un nombre de fantasía para indicar el pueblo de La Paz o Lucena, de Santa Bárbara o Otón) y si San Pedro es un nombre genérico que intenta dejar algo anónimo el sitio de los acontecimientos en una tierra no mejor definida dentro de las Bisayas, también está claro que la ciudad se identifica con la capital ilonga, ya que posee el Colegio-Seminario dirigido por los Padres Paúles (igual que el Colegio-Seminario de Jaro, sede titular de la diócesis de Iloílo), la Escuela de Artes y Oficios y el Casino Español. En fin, Iloílo o “La Villa Rica de Arévalo” poseía el “tricentenario Fuerte de San Pedro, situado a la orilla del mar, conocido como la *Cotta*, que fue el orgullo de la historia de Iloílo” (Felgomar 4) y sufrió la definitiva demolición después de la guerra por parte de los militares estadounidenses.¹²

El tiempo de la acción está situado entre finales de la época española y los años veinte, es decir, la actualidad del autor. Cayo Maliano, por ejemplo, se dice nacido “a fines de aquel año que los franceses de *avant guerre* llamaban por antonomasia «el año terrible» [1870]” (B 7), mientras que su “aventura” se desarrolla, cuando él tenía aproximadamente cuarenta y cinco años, es decir “cuando se inició la crisis económica, ‘el pánico de 1920’” (B 63). Los personajes centrales pertenecen a una clase social medio-baja o media; no son los grandes burgueses de la isla, pero tampoco personas marginadas. Aparecen como protagonistas una chica de pueblo que, con su parte de la herencia paterna, puede dedicarse a estudiar, un comerciante chino, un empleado de una empresa extranjera, un inspector de policía y una viuda casi acomodada. Al lado de éstos se mueve toda la sociedad sanpedrense compuesta por gente del pueblo, labradores del campo, trabajadores y artesanos, funcionarios públicos, religiosos, empresarios extranjeros, hacendados, señoritos mimados, políticos, usureros y gente de dudosa reputación.

La primera novela, *La carrera de Cándida*, relata las desaventuras de una chica de Ermita, la cual “había heredado de su padre un cuerpo fuerte y musculoso, suavizadas las líneas por la dulce tendencia femenil a la curva, y una voluntad tenaz” (A 8). Al estudiar en la escuela “intermedia”, Cándida había entrado en intimidad con una maestra estadounidense, Miss Jones, la cual había transmitido a la chica, asidua lectora de la prensa femenina en inglés, ideas de emancipación e independencia económica. Muerto el padre y con una madre “ignorante campesina que había sido toda su vida una sumisa bestia de carga” (A11), Cándida consigue poner en práctica su proyecto de vida independiente. Repartida la herencia entre su madre y ella, se traslada a San Pedro, a casa de parientes lejanos, para matricularse en un *business course*

con el propósito de prepararse para un trabajo de responsabilidad. En la capital, durante una gira “que dieron los alumnos de la clase de teneduría de libros en honor de las alumnas” (A 14), Cándida conoce al joven Alberto Enríquez, “alias *Bert*, el joven más elegante y distinguido de la pandilla, hijo del mayor propietario de inmuebles de San Pedro” (A 15). Bert empieza a dar clases de inglés a Cándida y los jóvenes intiman tanto que su amistad se convierte en una relación sentimental. La imprudencia de no disimularla en esa pequeña ciudad de provincias compromete tanto la reputación de la chica que los ricos y orgullosos padres de Bert, alarmados por el ímpetu romántico que va asumiendo un simple amorío del hijo, le envían a Estados Unidos, a donde siempre había deseado ir. Así Bert, “secretamente halagado en el fondo por aquel triunfo inesperado de su antigua ilusión” (A 34), la estancia en Estados Unidos, deja a Cándida. La pobre, habiéndose enterado por el periódico de lo que había sido de su querido, después de un período de desconcierto, rabia y depresión, obligada por la necesidad económica y, en el fondo, amargada por lo que le ha pasado, acepta convertirse en bailarina de cabaret.

La novela relata un tema presente en toda narrativa, el de la decadencia moral de la mujer seguida a la seducción del hombre “irresponsable”, así que buscar su fuente de inspiración tanto en la literatura como en un evento concreto de la vida es prácticamente un sinsentido. Es evidente la influencia de *Solo entre las sombras* (1917) de Recto, en donde se critica el sistema de educación norteamericano como corrompedor de la mujer filipina, particularmente la campesina. También hay influencia de las novelas de Balmori, sobre todo de *Bancarrota de almas* (1915), que tiene en común con la obra de Gómez Windham el paradigma (presente también en la otra novela de Balmori, *Se deshojó la flor*) de la adquisición de la lengua inglesa como medio de emancipación/perversión de la mujer tradicional filipina. La (poca) crítica suele leer esta novela o como expresión de un discurso reaccionario y patriarcal en contra de la emancipación de la mujer, o como la representación de la degradación que la sociedad filipina (encarnada en uno de los individuos más frágiles de toda la sociedad, la joven mujer inexperta de la vida) ha sufrido por la masiva y repentina invasión militar, económica y cultural estadounidense. Creemos que el texto, lejos de ser una *roman à thèse*, ofrece en realidad más claves de lectura, en donde se pueden reconocer, por lo menos, si no la lucha de clase propiamente dicha, seguramente cierto conflicto entre distintos grupos sociales, el desnivel entre ciudad y campo, y el abuso que puede derivar del tener educación al relacionarse con

gente de escasa o nula cultura, y en donde el conflicto varón-mujer con la relativa salida de ésta de los ámbitos tradicionales, es sólo una de las posibles interpretaciones.

La novela en la que, según el mismo Gómez Windham, “abundan en ella trozos de preciosismo literario”, fue su mayor éxito literario “la tirada se ha agotado, como pocas veces acontece en este bienhadado país de paradojas” (Ben-Aben s.p.). *La odisea de Sing-a*, terminada en septiembre de 1920, relata la historia de un joven que, como muchos otros de su región en el sur de China, se traslada a las islas Bisayas, a una ciudad llamada San Pedro. Aquí Sing-a se casa con María, la querida de su primo, una vez que éste ha vuelto a China. Al mismo tiempo, adquiere el comercio del pariente y lo gestiona con un ayudante que resulta propietario del emporio, pero que es, en realidad, un testaferro. Oprimido por las deudas y los gastos de su esposa, el protagonista se involucra en el contrabando de opio; delatado por un rival, se le descubre y se le abre un proceso por el comercio de droga. Consiguiendo salir inocente de esta acusación, se le condena por haber vivido en Filipinas sin certificado de residencia durante veinte años, cosa que provoca el destierro inmediato a China, donde Sing-a reconstruye su posición y trabaja como maestro de lengua bisaya, enseñando a los jóvenes que emigran hacia las Bisayas.

Esta novela es muy interesante por tratar, de forma literaria, lo que era un problema y una coyuntura en la Filipinas de la época: la inmigración de chinos que entraban, de forma más o menos legal, en el archipiélago y se apoderaban del comercio, incluido el del opio. Hay un artículo anónimo de principios de siglo que señala cómo el problema era grave en Iloílo, y que apunta a claras responsabilidades entre las autoridades; en ello el cronista afirma:

Iloílo es una de las provincias más castigadas por esta peste [...] Faltaría a la verdad si no dijera que el tráfico de la droga prohibida en esta provincia, especialmente en la cabecera, es bastante considerable. De este hecho escandaloso, que de público se sabe, no pueden ser responsables las autoridades locales y las provinciales, sino las aduaneras, puesto que, de evitar el contrabando de la droga prohibida, están encargados los funcionarios de la Aduana. (5)¹³

Esta realidad era bien conocida por Gómez Windham, quien, como inspector de Aduanas, debía controlar el comercio. Los chinos podían establecerse en Filipinas con el fin de obtener en dos años un certificado de residencia. Cuando la ley se volvió más estricta, los inmigrantes hallaron la forma de evitar el obstáculo. Bien lo explica nuestro autor relatando los

pensamientos de Sing-a cuando el comerciante recién condenado consideraba las posibilidades para volver a Filipinas:

Dos amigos suyos . . . buscaban cuidadosamente mujeres filipinas que hace treinta años tuvieron amoríos “fructíferos” con chinos y cuyos hijos ya murieron; obtienen copia de las partidas de bautismo de los difuntos y las envían a China para que, armados de tales documentos, sus clientes puedan comparecer ante los funcionarios del ramo de inmigración, declarando que son naturales de las islas, que sus padres ilegítimos les llevaron a China cuando eran pequeños, y que muertos éstos, ellos vienen a reunirse con sus madres y a establecerse en el país donde nacieron. (A 97)

Por esta razón a veces se hacía necesario demostrar un conocimiento mínimo de la lengua local para probar que se había nacido ahí, y precisamente ése sería el trabajo de Sing-a en China.

Otro fenómeno que se menciona en la novela era el intercambio entre los chinos que querían volver a casa y los que querían emigrar a Filipinas. De esto también hay huella en una entrevista-artículo a Gómez Windham, el cual declaraba:

I know of a case which has a rather humorous phase. A resident Chinese who had decided to return to China had a friend there who was anxious to come to the Philippines. So the former sold his certificate to the latter, then wrote an anonymous letter to the authorities denouncing himself as one who has no certificate! Of course, he was investigated – and he made no effort to defend himself. He was therefore deported – which was just what he wanted! Just think: apart from making money by selling his certificate, he got a free to his country!... It was only afterwards that the whole thing was discovered, when the one who had bought the certificate was somehow or other detected. (Confesor 4-5)

La aventura de Cayo Maliano, publicada en 1922, es la historia del homónimo vecino de San Pedro, un empleado de una compañía inglesa exportadora de azúcar, que, deseando una aventura inolvidable que le sacara de la monotonía de su vida y arrastrado por un antiguo compañero de colegio el cual había conquistado de manera deshonestamente un alto cargo político, se deja corromper por el juego. Este vicio le empuja a robar el dinero de la compañía, apostándolo, perdiéndolo y provocando el fracaso de su familia y su condena a la cárcel.

Curiosamente, en esta novela, si por un lado el autor parece querer mantener el anonimato (coloca la acción en la provincia X, los topónimos no son identificables claramente, etc.), por el otro, da indicaciones tan exactas al punto de parecer casi más un cronista que un escritor. Cita el nombre del juez, el Juez Bernal (personaje que ya aparece como juez en la anterior novela en el juicio contra Sing-a), al escribano del tribunal Aurelio Rodela y hasta la “Causa Criminal

número 4687”. Ahora bien, evidentemente el autor disfraza bajo nombres de fantasía a personajes reales que quizá en aquel entonces no habrían sido tan difíciles de reconocer para los vecinos de Iloilo, y tal vez mezcla y condensa en un cuento diferentes datos reales e inventados. Sería quizá interesante anotar que entre las decisiones de la Corte Suprema de Filipinas hay casos que, en algún aspecto, se parecen al narrado, aunque el autor dice que “por consejo de Villacampo, su abogado, Cayo no apeló” (B 74). Por ejemplo, la causa criminal número 4687 del 31 de octubre de 1908 fue contra un tal Ciriaco Manlimos de Leyte, un político de bajo nivel acusado de un crimen de “estafa”, de apropiación de bienes municipales. En este caso, por ejemplo, se da la coincidencia de las iniciales del nombre del protagonista de la novela y del acusado real, y también se puede observar que Ciriaco, nombre muy común en Filipinas, se suele apodarar como Acoy pero también Cayo, Cayoy, Caco o Cacooy.¹⁴ El hecho de que Windham se inspirara total o parcialmente en hechos de crónica no disminuye su habilidad artística. Más allá del dato concreto, el autor es el que construye el enredo, los caracteres humanos, la evolución de la psicología de sus personajes. En el *Malíano*, su novela favorita, la “mejor urdida, donde los personajes se mueven con su propia inconfundible fisionomía” (Ben-Aben s.p.) saca a la luz los vicios de cierta clase política, desvela con sutileza cómo en la vida parece haber vencedores y vencidos, nota la aptitud del extranjero incapaz de comprender al nativo y entrelaza los hilos de su narrativa poniendo en escena a personajes ya conocidos como Cándida o el inspector Rufino.

Protagonista de la cuarta novela, *Los ascensos del inspector Rojo*, también escrita a finales de 1922, es Finito, apodo de Rufino Rojo, un chico de San Pedro que en 1898 es bachiller del seminario de la ciudad. Habiendo sido sorprendido de noche sin “pase” mientras buscaba a un médico, es detenido por las autoridades norteamericanas que acababan de asumir el control de Filipinas. Entrando en contacto con los ocupantes que le toman simpatía, empieza a trabajar a los diecisiete años como “auxiliar de estadística” en la Aduana de San Pedro, institución en la que va subiendo de grado y responsabilidades hasta llegar a “Administrador Auxiliar”. La novela es casi una crónica ordenada de la biografía de este íntegro, meticuloso y “tan quijotesco” funcionario, en la que se alternan momentos de vida privada y las contrariedades del suegro en aceptar a su yerno, con divertidos episodios ligados a la profesión. Tomado por sí solo el texto, aunque de gustosa y ágil lectura, carece de la consistencia de una novela autónoma; sin embargo, como fresco del San Pedro de los años diez y veinte está muy bien

logrado. Y, efectivamente, esta novela parece una “cremallera” entre diferentes textos, ya que el inspector Rufino, es el mismo que cumple la expulsión de Sing-a de Filipinas y además, aparece mencionado entre los compañeros de seminario de Cayo Malinao que han tenido éxito en la vida.

Bonifacia es el personaje alrededor del cual se construye la última novela. Ella es una viuda muy devota conocida en San Pedro con el respetuoso nombre de Tía Pasia. Había venido años antes del barrio de Ermita a la cabecera de la isla, después de que los guerrilleros del “Ejército Libertador” le hubiesen asesinado al marido por represalia contra los que no se doblaban al dominio de éstos. Ella había contribuido en todo lo que había podido para que el jefe de los guerrilleros, Capitán Palás, un jefecillo “medio cuatrero y medio bandido”, fuera capturado y ajusticiado, y una vez que éste sufrió la condena suprema, Pasia se había quedado algo insatisfecha, alimentado en sí odio y rencor contra el difunto. Ya viuda empieza a tener “visiones”: el fantasma de Palás se manifiesta y la persigue acusándola de no rezar por el descanso de su alma; y de nada sirven las invitaciones del confesor al perdón.

Un día Pasia encuentra a Amboy, un chiquillo de una decena de años que vive solo arreglándose en la calle, y decide acogerle en casa para que le sirva como criado. Al mismo tiempo, se empeña en dar al niño una mínima educación cristiana, enseñándole catecismo y oraciones en castellano y latín. Amboy, presionado por la insistencia de su nueva ama, huye y se une a una pandilla de niños de la calle que deciden mandar una rudimentaria carta de muerte supuestamente enviada por el espíritu de Palás. La noche en que está anunciada la venganza del espíritu, Pasia aterrorizada, tiene una visión en la que se enfrenta físicamente al fantasma del odiado, antiguo enemigo. Al final de la misma, se da cuenta de haber cortado la cabeza del diablo que está debajo de la escultura del Arcángel Miguel; desde aquella noche no fue nunca más perseguida.

Esta última novela, de muy agradable lectura, es interesante desde varios puntos de vista. Es evidente en ella la influencia de diferentes géneros: el marco histórico preciso y detallado; el costumbrismo del ambiente filipino; cierta literatura de corte positivista que a finales del XIX trata el espiritismo; el gusto por el misterio al estilo de Poe, pero también nota García Castellón que el autor “como lector de los clásicos españoles--Quevedo y Cervantes, sobre todo—en el relato *Tía Pasia* . . . intenta con gracia la criollización del género costumbrista y picaresco (226); y quizá por esa suspensión indefinida y dudosa entre la

alucinación de una personalidad frágil y la supuesta real manifestación de entidades ocultas, rozaría en algún paso, el realismo mágico.

Al leer las cinco novelas de Gómez Windham, se comprenderá cómo todo juicio crítico que tenga en cuenta un solo texto sin leerlo a la luz de los demás aparece parcial y hasta engañoso. No se puede, por lo tanto, compartir el juicio de que se trataría de una obra “sentimental y moralista” (Mariñas Otero 57). Está claro que nuestro autor se inspira en la crónica de su ciudad, describiendo caracteres, tipos humanos, situaciones corrientes de la vida del Iloílo de su juventud y casos concretos que conocía o directamente, bien por su trabajo de inspector de Aduana o por los relatos de su hermano Felipe que trabajaba en la policía. Gómez Windham pinta un fresco vivo y animado de la sociedad de la época entrando en toda situación: tanto en las casas privadas como en los palacios del poder, en la vida doméstica y en los sórdidos bajos fondos, en las travesías existenciales del isleño y en las del extranjero o del inmigrante, y analiza la forma de pensar de sus personajes, su evolución psicológica, su lucha por la supervivencia. Relata todo desde una óptica de narrador extradiegético y omnisciente, típica de la novela decimonónica, pero al mismo tiempo a veces recurre al expediente de la “cuarta pared” y parece observar la realidad casi como un fenómeno clínico al igual que un positivista.

En la prosa de Gómez Windham aparece crítica social a cierta corrupción de costumbres, al parasitismo y al oportunismo presente en el cuerpo social, y a todos los niveles de la sociedad humana; muchas veces va dirigida a los políticos, a las autoridades de policía, pero se expresa no tanto a través de una amargada arenga, sino con la antigua técnica del *castigat ridendo mores*. La verdadera protagonista de su novela es la propia ciudad de San Pedro con su bulliciosa fauna humana, donde conviven justos y réprobos, donde se confunden buenos y malos, donde a veces por un solo pecado en su vida es condenado quien siempre ha intentado comportarse honestamente, mientras que el deshonesto se libra de toda condena. San Pedro se identifica con Iloílo, pero podría ser cualquier otra ciudad, porque las mismas experiencias humanas, si bien difieren en su aspecto fenoménico, son en su esencia profundamente similares y se repiten en cualquier alma, en todo sitio.

No es nuestro autor en absoluto un reaccionario, un *laudator temporis acti*, es más un periodista de la *comédie humaine* que cada día se recita y en donde cada uno tiene su papel y su escenario. Utilizamos oportunamente la expresión balzaquina para describir la obra novelística

de Gómez Windham, ya que él mismo la apunta como modelo en un ensayo, *Mundo Nuevo, Vida Nueva*, de 1920:

Al pasar junto al escaparate de una librería, ha herido mis ojos un título impreso con letras doradas en el lomo de un volumen, despertando en mi memoria gratas remembranzas. Es “Un debut en la vida” de la inmortal “Comedia Humana” de Balzac.

Bien recuerdo la lectura de este libro, allá, en la quietud de la modesta biblioteca provinciana, oyendo el monótono cantar de los grillos en el jardín, y bien recuerdo aquellas escenas tan graciosas e interesantes, tan naturales, y salvo insignificantes detalles, tan verosímiles aún dentro de las costumbres y moldes sociales de mi época modernísima. Estudiando en Balzac la vida de 1830, se podía estudiar la vida de 1913. En ochenta y tres años la sociedad había cambiado poco. Igual ideario, idénticos procedimientos, parecidas ideas de relación entre las diversas clases sociales, similares conceptos de autoridad, de familia, de comercio, de legislación. El coloso literario de la época de Luis Felipe parecía que continuaría siendo buen guía otros cien años más por lo menos. (A 165)

En efecto, la historia de San Pedro tiene algo de la epopeya las *Scènes de la vie de province* contenida en los *Etudes de moeurs au XIXe siècle*. Y éste es el enfoque de las novelas de Gómez Windham, que, como señala García Castellón, no directamente involucrado al igual que otros autores en el debate sobre el problema nacionalista o hispanista, prefiere reflexionar sobre el repentino y forzoso cambio de una sociedad en crítica evolución. En este contexto Cándida, Sing-a, Cayo, Tía Pasia y también el inspector Rojo son actores secundarios dentro de un diseño más grande. No son ni totalmente malos, ni perfectos héroes; al mismo tiempo provocan piedad en el lector y rechazo por ciertas mezquindades, son víctimas pero ellos mismos se transforman en verdugos—quizá inconscientes—de otros como ellos.

Su narrativa fresca e irónica siempre alcanza un justo equilibrio entre descripción y narración, entre diálogo e indagación psicológica. Si por un lado se podría decir que siente el influjo de una prosa periodística al estilo de las *detective stories*, igualmente ha aprendido la lección del costumbrismo español, haciéndolo propio para narrar desde dentro su auténtico mundo filipino con la tipicidad regional de esas latitudes de los mares del sur. A su vez, su prosa está imbuida del magisterio de los franceses: la representación social de Balzac armoniza con la concisión de un cuentista como Mauntpassant, y su Naturalismo nunca llega a ciertas asperezas de un Zola. Es una prosa ágil y ligera, escrita en un español clásico y elegante tributario de la gran tradición ibérica desde Cervantes hasta los modernos, e incrustado de

filipinismos. Su visión estética es profundamente humana y se califica como reflexión lúcida e irónica pero también consciente de que las contradicciones de este mundo se pueden señalar, pero no ya exhibir con escándalo ni castigar con ferocidad.¹⁵

En conclusión, Gómez Windham demuestra no sólo no ser un autor menor de la literatura filipina, sino que prueba cómo la creación literaria en este país alcanzó una autonomía estética y una madurez de autorreflexión ya en tiempos lejanos.

Notas

* Éste, como otros estudios de la obra de Guillermo Gómez Windham, ha sido posible gracias a la información indispensable que nos ha facilitado D. Guillermo Gómez Rivera, sobrino-nieto del autor y memoria histórica de la cultura hispana en Filipinas, al cual queremos agradecer su gran ayuda junto a su familia, la familia Gómez.

¹ El artículo-entrevista firmado por Ben-Aben aparece en la revista filipina en lengua castellana *Excelsior*, era un “revista decenal ilustrada” que a principios de los años treinta estaba en su “tercera época”. Con el número del 30 abril 1933, año XXX, n. 969, *Excelsior* de revista decenal pasa a ser quincenal. En aquel entonces solían publicar artículos, cuentos y algún poema Valdés Pica, que tenía la rúbrica “cuestiones musicales”, Laygo, Santiago Arellano Iturria, Manuel Bernabé, Evangelina Guerrero Zacarias de Entrala, Antonio Abad, María Molina Perejano y Julio Brial. Había una rúbrica de arte que estaba a cargo del pintor Fabián de la Rosa; había otra de moda dirigida por Mercedes Lasa, hermana del caricaturista español Luis Lasa (el que en 1943 ilustró el libro *Cuentos de Juana de Adelina Gurra Monasterio*). Una presencia constante era “Crónicas de España” preparada por un corresponsal que firmaba con el seudónimo “un señor de la corte”, el cual curiosa e irónicamente, a partir de 1932—cuando cayó el Reino—empezó a firmarse “un señor de la ex-corte”. Era frecuente la publicación de textos poéticos y narrativos de autores españoles, como fray Luis de León, Lope de Vega, Pardo Bazán y otros. Animaba *Excelsior* la personalidad volcánica de Jesús Balmori, el cual publicaba artículos, cuentos, poemas y a menudo solía firmar “Nuestras Entrevistas”, en la que aparece la entrevista a nuestro autor. Hay entrevistas firmadas con el seudónimo Juanito y la de Gómez Windham firmada con el curioso apodo de Ben-Aben, que suena a seudónimo y aparece sólo en este caso, probablemente se trata de un seudónimo de Jesús Balmori o de Manuel Bernabé.

² *Semana*, revista semanal ilustrada dirigida por Manuel López Flores, se publicaba en Manila por la Editorial Hispano-Filipina.

³ Su bibliografía ha quedado desconocida hasta hace pocos años; para una lista completa de lo hasta ahora conocido véase un trabajo anterior del autor de este artículo reseñado en bibliografía; en aquel mismo ensayo se ofrece un detallado perfil biográfico del escritor. Nuevas investigaciones podrán quizá brindar nuevos e interesantes datos. De hecho, no me consta que se hayan publicado estudios críticos sobre el autor y su producción novelística, exceptuada la breve nota de Manuel García Castellón y algunas noticias en las publicaciones sobre el Premio Zóbel de Lourdes Castrillo de Brillantes.

⁴ Es de suponer que Gómez Windham haya escrito bien antes de los años veinte, publicando en periódicos y revistas de su ciudad natal (recordemos que había nacido en 1880 y que, cuando se publicó su primera novela en 1921 ya tenía más de cuarenta años); los únicos textos anteriores a 1921 de los que tenemos noticia son dos artículos/cartas publicados en periódico en 1916, “Carta dirigida al Sr. Gregorio Nieva el 7 de marzo de 1916”, y en 1920, “An Open Letter to the Girls and Boys”. Por otra parte, es posible que algunos o todos los textos incluidos en volumen hayan sido publicados con anterioridad en alguna revista. Sin embargo, la falta de material no permite afirmar nada concreto a este respecto; nuevas investigaciones y un análisis atento y completo de las muchas revistas y folletos de la época podrían revelar nuevos datos.

⁵ Como se explicará más adelante, Gómez Windham publicó sus cinco novelas incluyéndolas en dos volúmenes: *La carrera de Cándida* y *La aventura de Cayo Malinao*. A partir de ahora, en las citas se utilizará la sigla A para el volumen titulado *La carrera de Cándida* y la sigla B para el volumen titulado *La aventura de Cayo Malinao*.

⁶ El libro se publicó en 1931 pero los cuentos habían aparecido antes en revista y con éxito evidentemente si le permitieron a Laygo ganar el Zóbel en 1925. Beatriz Álvarez Tardío está a punto de publicar una edición del libro de Laygo en la colección del Cervantes Clásicos Hispanofilipinos.

⁷ Recordamos la novela de Valeriano Hernandez Peña titulada *Nene at Neneng* de 1905 que, escrita en tagalo y publicada en forma de libro (aunque apareció primero en entregas en el periódico *Muling Pagsilang* en 1903), ofreció uno de los primeros ejemplos del arquetipo de esposa fiel, amorosa, responsable, cariñosa, que ayuda a quienes la rodean, y que se comporta en todos los contextos con moderación (Reyes 32). Las tramas de estas novelas y relatos expresaban la necesidad social de mantener las situaciones previas frente a los cambios que se avecinaban. Avanzado el siglo XX, la literatura rechazó aún más abiertamente el impacto de la americanización de la sociedad, así lo recalca Soledad Reyes con el clásico ejemplo de la novela de Iñigo Ed. Regalado *Sampagitan Walang Bango* de 1921 (Reyes 36).

⁸ Creemos que, para un filipino de las clases instruidas o medianamente escolarizadas, cierta tradición literaria-cultural europea, recibida por el filtro de España, era percibida como algo perteneciente a (una parte de) la propia tradición cultural.

Será interesante notar que, precisamente en esas décadas, Unamuno publicaba su *Niebla* (1914), Pío Baroja publicaba *El árbol de la ciencia* (1912) y marcaban las letras españolas Azorín, Valle Inclán, Pérez de Ayala, Gabriel Miró y Gómez de la Serna; estos autores no aparecen en la biblioteca de Rufino. Vemos en esto una señal, no tanto de atraso cultural de la periferia hacia el centro (aunque no cabe duda de que las “periferias” con respecto a su “centro” se caractericen por cierto “conservadurismo” cultural), sino esencialmente de una selección personal y consciente, bien del autor, bien del país, o, mejor dicho, de la clase intelectual del país, que evidentemente no leía en esos textos (así como en otros) significados pregnantes para el lector filipino de entonces, ni podía compartir el sentimiento de frustración por el fracaso del 98 desde la misma perspectiva.

⁹ La editorial fue fundada en Barcelona como sociedad anónima el 16 de mayo de 1917 y cuyo fin era “el de catalanizar Catalunya, Balears i València en ço que hi ha de més dignificant en un poble, que és la cultura”. La Editorial Catalana, que duró hasta 1925 cuando se transformó en “Llibreria Catalònia”, es conocida por haber publicado, bajo el título de “Biblioteca Literària”, una colección de 79 clásicos antiguos y modernos que fue, después de la “Biblioteca Popular” de L’Avenç, “el segon gran projecte contemporani de traslladar al català la millor literatura universal” (Llanas 292-97).

¹⁰ De la Cámara parece que fuera primo de María Llácer, la esposa de Gómez Windham. El sobrino-nieto del autor, Don Guillermo Gómez Rivera, al que debemos mucha información biográfica sobre Windham, tiene noticia también de una edición filipina de *La carrera de Cándida* aparecida en Iloilo en esos mismos años, la cual constaba de no más de unos quinientos ejemplares, agotados en seguida, lo que obligó a traer de España más copias. Efectivamente, en Iloilo en esa época debían de existir varias editoriales. Sin embargo, no tenemos informaciones ni para confirmar ni para rechazar esta noticia. En el frontespicio de ambos libros aparece como lugar de edición “Iloilo-Islas Filipinas”, mientras que la referencia a la editorial remite a la editorial barcelonesa, evidentemente a ello se debe la suposición de la existencia de dos ediciones.

¹¹ Mariñas Otero, sin fundamento y con evidente confusión, define “novelas cortas” a los dos primeros textos, y “cuentos de carácter profundamente filipino” a los otros tres, como si se tratara de obras muy distintas entre sí. Es verdad que los textos son excesivamente largos para ser definidos simplemente cuentos o relatos (incluso si se comparan con las otras obritas que el autor llama cuentos); sin embargo, tampoco la definición de novela sería apropiada ya que la narración se caracteriza por una reducida extensión y por una unidad de acción. Se trata, en fin, de novelas breves, que, a modo de capítulos autónomos, forman un texto amplio y complejo.

¹² El Fuerte de Iloilo, hoy destruido, se llamaba Fuerte de San Pedro: “Because of the Dutch attacks, in 1602 Pedro Bravo de Acuña built a fort made of earthwork and wooden palisades in the town of Iloilo close to the sea. The fort was named «Real Fuerza de Iloilo» later known as Fort San Pedro” (*Development* 25). Escribe Felipe Gómez—suya es la cita en el texto—en sus recuerdos de Iloilo: “Me cuentan los que presenciaron el hecho vandálico de la demolición, que la ciudad entera pareció desquiciarse en sus cimientos cuando se produjo el horrible estampido de las cargas de dinamita al explotar, haciendo volar la piedra en fragmentos, envolviendo el espacio en densa humareda. Días después, una larga fila de camiones militares iba transportando toda la piedra a otros lugares fuera de Iloilo para terraplenar aeródromos y campamentos. El pretexto fue, que los japoneses habían ya destruido una porción del Fuerte” (Felgomar 4). El nieto de Felipe Gómez recuerda que el alcalde de aquel entonces, Don Vicente Ybiernas, se puso delante de las grúas norteamericanas que iban a demoler la fortaleza, y fue sacado a la fuerza con otro compañero suyo.

¹³ Sin autor “El suicida vicio del opio en la provincia de Iloilo. Tráfico escandaloso de la terrible droga prohibida. Correspondencia sensacional”.

¹⁴ Debo la información a la Doctora Carmela Bichara, abogada, a la que quiero agradecer su amabilidad, su precisión y exactitud.

¹⁵ La narrativa de Gómez Windham es de gusto realista y, por esta razón, nuestro autor podría parecer, erróneamente, un realista tardío, conservador, ajeno a la renovación modernista y vanguardista; efectivamente, las lecturas que atribuye a su *alter ego* Rufino son casi todas de corte realista y naturalista. Sin embargo, dudo que esto sea debido al, supuesto, atraso de Filipinas, provincia ultramarina de un imperio (sea el español, sea el estadounidense); más bien veo en esta consciente elección estética y moral, la expresión de un gusto literario personal y nacional que refleja una determinada manera de interpretar el mundo. Para la fundación de un posible modelo de identidad nacional y para un análisis puntual del “carácter nacional” el modelo balzaquiano era más funcional.

Bibliografía

- Ben-Aben. "Nuestras Entrevistas. Entrevista a Guillermo Gómez Windham". *Excelsior* 30 nov. 29.919 (1931): s.p. Impreso.
- Bowing, John. *A Visit to the Philippine Islands*. Manila: Filipiniana Book Guild, 1963. Impreso.
- Brillantes, Lourdes Castrillo, "1922. Guillermo Gómez Windham". *80 años del Premio Zóbel*. Manila: Instituto Cervantes y Fundación Santiago, 2000. 60-64. Impreso.
- . "1922. Guillermo Gómez Windham". *81 years of Premio Zóbel*. Manila: Georgina Padilla y Zóbel-Filipinas Heritage Library, 2006. 56-58. Impreso.
- Confesor, Tomas. "Chinese Immigration—The Great Peril. One Million Chinese in The Philippines Fifty Years Hence". *Graphic* (29 en. 1930): 4-5. Impreso.
- Cortés de Fernández-Lumba, Lelilia. *Un bosquejo histórico de la Academia Filipina*. Universidad Central de Madrid, 1965. Tesis doctoral.
- Development History of Iloilo: 1855-1980*. s.l., s.e., 1980. Impreso.
- "El suicida vicio del opio en la provincia de Iloilo. Tráfico escandaloso de la terrible droga prohibida. Correspondencia sensacional". *The Iloilo Enterprise-Press. Diario de la mañana* 6.119 (26 feb. 1914): 5. Impreso.
- Felgomar, "Iloilo en 1949". *Semana* 248 (17 nov. 1949): 4. Impreso.
- Feleo, Anita. *Iloilo "A rich and Noble Land"*. Pasig City: Lopez Group Foundation, 2007. Impreso.
- Gallo, Andrea. "Guillermo Gómez Windham: Líneas bio-bibliográficas y unos poemas". *Humanities-Diliman* 7.7-12 (2010): 7-33. Impreso.
- García Castellón, Manuel. *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*. Madrid: Editorial Clan, 2001. Impreso.
- Gómez Windham, Guillermo "An Open Letter to the Girls and Boys." *The Independent* 28 February 1920: 11. Impreso.
- . "Carta dirigida al Sr. Gregorio Nieva el 7 de marzo de 1916." *The Philippine review/ Revista filipina* abril, 1-4 (1916): 67. Impreso.
- . "Mundo Nuevo, Vida Nueva." *La carrera de Cándida*. Iloilo-Barcelona: Editorial Catalana, 1921. 165-68. Impreso.
- . *La aventura de Cayo Malinao. Los ascensos de Inspector Rojo. Tía Pasia*. Iloilo-Barcelona: Editorial Catalana, 1924. Impreso. (B)
- . *La carrera de Cándida*. Iloilo-Barcelona: Editorial Catalana, 1921. Impreso. (A)
- Hernández Gavira, J. *Vicente Blasco Ibáñez en Manila*. Manila: Time Press, 1924. Impreso.
- Llanas, Manuel. *L'edició a Catalunya: el segle XX (fins a 1939)*. Barcelona: Gremi d'Editors de Catalunya, 2005. Impreso.
- Martín de la Cámara, Eduardo. *Parnaso Filipino. Antología de poetas del Archipiélago Magallánico*. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1922. Impreso.
- Serrano, Josephine Bass y Trinidad Mano Ames, eds. *A Survey of Filipino literature in English: from apprenticeship to contemporary; with a preview of the early stages of Filipino literature*. Quezon City: Phoenix, 1988. Impreso.
- Reyes, Soledad. *The Romance Mode in Philippine Popular Literature and Other Essays*. Manila: De La Salle University Press, 1991. Impreso.

Un Filipino. “Embajadores espirituales españoles”. *Excelsior* 26.834 (29 jul. 1929): (s.p).
Impreso.